



Hipertexto 12
Verano 2010
pp. 142-160

Olimpio Pitango de Monalia: el proyecto nacional anti-genealógico de Eduardo L. Holmberg

Luis Hernán Castañeda
University of Colorado at Boulder

Hipertexto

Uno de los momentos claves de *Olimpio Pitango de Monalia*¹ (desde ahora, *OP*), novela del escritor y científico argentino Eduardo L. Holmberg, es la fundación de un sistema de partidos en la paradisíaca isla imaginaria de Monalia. A raíz de la intervención de Olimpio Pitango, el delirante genio político que origina el abrupto despertar patriótico de su país, se crean dos partidos, los primeros de la historia nacional de Monalia: el Partido Patriota y el Partido Regulador². El surgimiento de estos dos partidos conlleva, casi inmediatamente, una serie de cismas y fragmentaciones que genera una proliferación de nuevas agrupaciones (Holmberg 87), síntoma inequívoco

¹ *Olimpio Pitango de Monalia* es quizá una de las novelas menos conocidas y menos estudiadas de Eduardo L. Holmberg, porque permaneció inédita hasta el año 1994. La novela fue compuesta originalmente alrededor de 1915, cuando Holmberg contaba con 63 años de edad. Sobre esta novela, el autor opinó lo siguiente: “De todo lo que he escrito, esto es lo que más quiero. Hace diez años le puse punto final y no lo he vuelto a tocar, más que para releerlo en mis ratos perdidos. Sin duda no he de publicarlo nunca” (proviene de un reportaje del diario “La Razón” de 1927, incluido por Gioconda Marún en su introducción al texto). En el presente artículo trabajo con la edición prínceps editada y anotada por Gioconda Marún.

² Algunas novelas de Holmberg suelen funcionar como un enfrentamiento entre dos bandos, entre dos partidos que representan un discurso específico o una posición ideológica. En *OP*, tenemos a los Patriotas y los Reguladores: los primeros defienden la artificialidad del nacionalismo, mientras que los segundos enfatizan su carácter natural. En *Dos partidos en lucha*, tenemos a los Darwinistas y a los Rabianistas: los primeros defienden el evolucionismo, mientras que los segundos, católicos reaccionarios, lo niegan. En *Viaje maravilloso del señor Nic-Nac al planeta Marte*, encontramos las regiones contrapuestas de Sopholis y Theopolis: la primera representa las fuerzas modernas de la ciencia, mientras que la segunda representa las fuerzas conservadoras de la religión. En estas tres novelas, parece ser que Holmberg se vale del tropo del enfrentamiento entre partidos para alegorizar, a gran escala, el conflicto entre civilización y barbarie, entre modernidad y atraso.

de una floreciente actividad cívica. Los reguladores, asociados con el espíritu conservador del gobierno patriarcal de la isla, afirman que "el patriotismo en su forma secular era inherente a la vida nacional" (Holmberg 87), mientras que los patriotas, que identifican a Olimpio como su líder y propugnan una renovación integral del sistema político, sostienen que es "... necesario mantener cada vez más ardiente el fuego del patriotismo" (Holmberg 87). La disyuntiva se presenta en términos de tradición versus novedad, pero también, como una oposición frontal entre dos maneras de comprender el nacionalismo: como una realidad objetiva y dada previamente, inmanente a la existencia comunitaria de Monalia; o como una creación artificial, un artefacto construido que responde al ejercicio performativo y voluntarista de la comunidad. Esta confrontación entre una versión anti-genealógica y otra genealógica de la nación y su naturaleza (Palti 2001) constituye el centro polémico de una ficción distópica como *OP*, novela que pone en escena los mecanismos de construcción del nacionalismo para examinar el proyecto nacional de las élites latinoamericanas decimonónicas desde un momento histórico especialmente significativo para las expectativas de autonomía del continente: fechado el momento de escritura del texto en 1915, en plena realidad inapelable de la Primera Guerra Mundial, Holmberg sitúa los hechos de su ficción en 1912, con el propósito -ya dilucidado por la crítica- de explorar la creciente amenaza del imperialismo bélico que aquejaba el panorama internacional de la época (Marún 34). Así, la presente novela entraña tanto una meditación del lugar de América Latina en el oscuro contexto de la década de 1910, como una revisión retrospectiva sobre los procesos de constitución de las naciones hispanoamericanas durante el siglo XIX³.

En la presente investigación, me concentro en la segunda de esas avenidas de lectura para mostrar cómo esta novela reflexiona sobre los límites y contradicciones del proyecto nacional latinoamericano. Esta reflexión es facilitada por el carácter distópico del texto⁴, cuyo artificio básico es la creación de la isla de Monalia como un espacio

³ El hecho de que la novela ponga en práctica una revisión de estos procesos no implica, necesariamente, que ofrezca una visión derrotista y pesimista de los mismos. Esta es la opinión que le merece *OP* a Bonnie Frederick, quien sostiene que "... es el libro de una desilusión: el derrumbe de los mitos y fábulas acerca de esta "República de Trapalanda"... como así también de toda la ideología que Holmberg había diseminado en sus conferencias y libros: la visión de la historia como sinónimo de progreso, el avance de la civilización y el desarrollo de la ciencia; esta ahora al servicio de la destrucción de la humanidad" (Frederick 132). En este ensayo pretendo mostrar cómo la crítica convive, lado a lado, con la celebración de los proyectos nacionales latinoamericanos como realizaciones exitosas.

⁴ Denominar "distópico" a un texto como *OP* es una operación que debe ser declarada en su sentido específico. En efecto, la novela ofrece razones para conceptualizarla como una utopía: el carácter paradisiaco de la isleña Monalia, su democracia perfecta y su economía próspera, son elementos claramente idealizados, que parecen reflejar y realizar, en un espacio imaginario, el sueño político y económico del proyecto nacional latinoamericano. En esta línea, Pablo Crash Solomonoff describe *OP* como una "desopilante utopía satírica" (Crash 18). Sin embargo, la idealización no actúa, simplemente, como la puesta en escena de un "sueño realizado", sino también como un examen crítico de los presupuestos de la utopía. Si bien algunos críticos definen la distopía como un subgénero cuya característica básica es la proyección, en un tiempo futuro, de los males de la sociedad contemporánea (Davies 205), ella también opera iluminando irónicamente las imperfecciones que yacen al interior de los mundos idílicos de la utopía (Plattel 47; Richter 5-9). La imperfección, o "fisura" que *OP* ilumina son los fundamentos endebles del proyecto nacional, examinados no desde un tiempo futuro, sino desde el

imaginario que alude, mediante el desplazamiento geográfico, a una característica central y prototípica de las naciones post-coloniales hispanoamericanas: su dificultad para constituirse en comunidades imaginadas y en consolidar principios nacionales "menos contingentes que los azares bélicos" (Palti 2003: 131), en ausencia de factores culturales (lengua, etnicidad, tradición) que pudieran fundamentar la existencia nacional. En efecto, dos requisitos que la conformación de la identidad nacional presupone son la unidad y la exclusividad, es decir, la presencia de un carácter comunitario homogéneo y diferenciado que, en la América hispana del XIX, estuvo del todo ausente (Palti 2003: 132). En razón de esa ausencia se explica el "aire de precariedad y arbitrariedad ineliminable" (Palti 2003: 139) que caracterizó a estos cuerpos políticos durante el período. La carencia de una historia prestigiosa en la que anclar el relato de la identidad nacional, por su parte, dificultó los mecanismos de construcción de la memoria colectiva, que más allá del momento fundacional de la revolución de mayo, se enfrentaba al pasado como a una suma de "errores acumulados" (Bragoni 582). La imposibilidad de justificar la soberanía y de narrar el pasado, una vez culminados los procesos de emancipación, vino acompañada por la fragilidad del monopolio estatal de la violencia, otro de los indicadores que revelaba la incapacidad de las élites letradas de sostener su hegemonía en territorios nacionales muchas veces desestabilizados por la influencia subversiva de grupos armados populares: el bandidaje es una de las manifestaciones radicales de esta fragilidad (Dabove 31).

Ante todos estos escollos, la respuesta de los emergentes nacionalismos hispanoamericanos que buscaban afirmarse fue cimentar su institucionalidad en relatos genealógicos que negaban la "eventualidad de sus orígenes" (Palti 2003: 131), con la intención de producir una memoria histórica que trascendiera las debilidades intrínsecas del proyecto nacional. *OP*, lejos negarlas o velarlas, dramatiza estas debilidades intrínsecas mediante la exhibición de la artificialidad anti-genealógica del discurso nacional latinoamericano, cuya confección conjuga el deseo, la imaginación y la memoria para producir simbólicamente la comunidad imaginada que conocemos como nación (Anderson 5-7). Encaja este modelo con la visión tradicional de Angel Rama, que describió la labor del letrado decimonónico, del cual Olimpio Pitango vendría a ser una alegoría, como un "parto de la inteligencia", un sueño de modernidad edificado sobre los deseos y aspiraciones de la élite (Rama 1984). Desde la posición privilegiada que le otorga la mirada retrospectiva sobre un siglo ya concluido, *OP* se inscribe en el campo literario latinoamericano modernizado como un metadiscurso crítico sobre la alianza productiva entre la letra y la política (Ramos 10). En otras palabras, Holmberg, descargado en mayor medida que sus predecesores de la función política directa que era propia del sujeto letrado decimonónico, puede incorporar en sus ficciones una conciencia autorreflexiva sobre la tradición previa, en la cual la producción literaria y la construcción nacional eran iniciativas inextricablemente ligadas. La mirada crítica de Holmberg podría ser efecto de su posición como escritor de fin de

siglo, a caballo entre diferentes periodos históricos y estéticas literarias⁵.

Situada en el Hemisferio Sur a corta distancia del continente (aunque no sabemos si en el Pacífico o el Atlántico), del cual está separada por "un hundimiento muy moderno" (Holmberg 76), Monalia aparece descrita como una nación arcádica, un paraíso terrenal que ostenta "una democracia perfecta" (Holmberg 77). La naturaleza de la isla es abundante y conjuga la exuberante vegetación selvática con las praderas colonizadas por la ganadería, subrayando así que la naturaleza se enmarca dentro de una lógica racionalizadora y civilizadora del espacio. "Rica, feliz, generosa y caritativa" (Holmberg 76), Monalia posee un gobierno patriarcal, un desarrollado sistema de educación pública y una próspera economía industrial. Por otra parte, aunque pueda parecer un refugio mítico-arcádico, Monalia sí posee una historia nacional: análoga a las de los demás países post-coloniales hispanoamericanos, porque incluye un periodo colonial hispánico, pero divergente, puesto que diferentes factores como la riqueza natural, el clima y "el juicio de sus principales jefes" (Holmberg 101), la condujo a proclamar los derechos del hombre "2 ½ siglos antes de que estallara la Revolución Francesa de 1789" (Holmberg 101), es decir en el siglo XVI. Además, los monalitas tuvieron la idea sagaz de esconder sus reservas de oro para evitar el destino de las demás colonias españolas en su articulación económica mercantil con España. A pesar de todos estos bienes y virtudes, Monalia carece de elementos fundamentales de la nación moderna: no tiene un gobierno constitucional ni una esfera pública. Este espacio distópico, en el cual la existencia se desarrolla sin conflicto alguno, se ve perturbado por la intervención de Olimpio Pitango, un escritor local que revoluciona Monalia con el planteamiento de una novedosa tesis. Pitango sostiene que el bienestar de Monalia es falso, ya que la isla ha ingresado en una modernidad espuria y ahistórica, de golpe y sin pasos intermedios, y por ello carece de historia nacional post-colonial, de constitución, de símbolos patrios, próceres, monumentos, ruinas y, en suma, de vida política: es un organismo estático que está fuera de la historia y ajeno al progreso. Para remediar esta situación que condena a Monalia a una existencia mítica y periférica, aislándola del concierto de las naciones modernas - europeas y latinoamericanas -, Pitango propone inventar una historia nacional falsificada, así como crear *ex-nihilo* un gobierno constitucional para reemplazar al antiguo régimen patriarcal. Como ya ha sido

⁵ En su estudio preliminar a *Dos partidos en lucha*, Sandra Gasparini nota la "ambigüedad" del texto en torno a la ciencia, que es sacralizada y desacralizada en movimientos paralelos; Gasparini se refiere a "vaivanes no del todo resueltos" (Gasparini 38) y a un "resto inexplicable" (Gasparini 39). Adriana Rodríguez Persico habla de una "mirada estereoscópica que le permitió hacer la defensa y la crítica de la ciencia y la política" (Rodríguez Persico 383). Con ello, alude a la opinión de Josefina Ludmer, quien en su libro *El cuerpo del delito: un manual* describió a Holmberg como un escritor "de frontera", dividido entre dos generaciones: la de 1880 y la generación modernista (Rodríguez Persico 383, aludiendo a Ludmer 147). Por su parte, Carlo Crash Solomonoff lo posiciona como el "eslabón perdido" entre los románticos y autores posteriores del siglo XX, como Borges, Lugones, Macedonio Fernández y Cortázar (Crash 12). Si bien Rodríguez Persico hace referencia explícita a la novela *Dos partidos en lucha*, una de las más conocidas y estudiadas del autor argentino, considero que esa misma ambivalencia frente a la ciencia como modelo de la vida política puede encontrarse en la visión que OP ofrece del proyecto nacional latinoamericano. Por una parte, lo defiende y lo legitima, pero por otra, no vacila en mostrar su fragilidad, en exponer su falta de fundamento.

destacado por la crítica, el esfuerzo de Olimpio consiste, básicamente, en un esfuerzo visionario por modernizar la nación (Rodríguez Persico 386). Si bien en un primer momento el escritor y político es tomado por loco, hacia el final de la novela los ciudadanos monalistas reconocen su gran contribución y elevan su estatura a la de héroe patriótico. Bajo su influjo, se fundan nuevos partidos políticos, se articula un efervescente apoyo de las masas y se logra la inserción de Monalía en la comunidad internacional, en calidad de nación ya complementamente moderna y civilizada, que será capaz de enfrentar la creciente militarización de las potencias extranjeras que se van alineando justo antes de empezar la Primera Guerra Mundial.

Olimpio Pitango es, además de la figura protagónica de la novela, el agente que desencadena la acción narrativa. Posee, pues, una función argumental clara, que se suma a su significado simbólico como “padre de la patria”, como primer fundador indisputado del proyecto nacional. La dimensión autoral y escritural, es decir, la misión del letrado, es un rasgo de primer orden en la construcción del personaje, ya que su primera intervención en la esfera pública monalista se da a través de la publicación de un incendiario artículo periodístico en el que sienta las bases de su propuesta nacionalista. A través de este gesto, se expone la conciencia de Olimpio en cuanto a la importancia del periódico como un discurso socializador y perfilador de subjetividades nacionales que, durante el siglo XIX latinoamericano, contribuyó enormemente a la formación de ciudadanos y a la construcción de un sentido de pertenencia nacional (Poblete 318-324, Sabato 393-395)⁶. En la época, el diario se erigió como la plataforma privilegiada para el despliegue del discurso político, convirtiéndose “en un instrumento insoslayable no sólo para los gobiernos (y sus diferentes sectores) sino también para cualquier personaje, grupo o partido que quisiera tener un lugar en la vida política” (Sabato 395). Olimpio es, sin duda, uno de estos aspirantes deseosos de ganar una voz en el debate. Esta conciencia queda confirmada por otra acción sintomática de Olimpio: la fundación de “El Patriota”, órgano periodístico del partido patriota, el primer diario político que conocen los monalistas (Holmberg 88), y que, como los diarios latinoamericanos del período, genera “...su comunidad de lectores, reforzando entre ellos una identidad política previa o contribuyendo a crearla” (Sabato 395). El modelo de prensa nacional que parece estar siguiendo Holmberg aquí es el modelo argentino, el cual experimentó a partir de la década del 70 una eclosión editorial, como resultado de la cual, el número de diarios publicados aumentó de once a ciento tres en poco más de una década (Biagini 32).

En tanto autor que busca no sólo influir en la opinión pública a través de sus

⁶ La construcción de una subjetividad política en la Argentina de fin de siglo XIX es un asunto que Holmberg también tocó en *Dos partidos en lucha*. Sin embargo, esa novela ofrece una representación diferente de la ciudadanía argentina. En efecto, en ese texto se establece una polaridad entre la figura pública del científico, poseedor de una doctrina cuya veracidad y superioridad es preciso demostrar en la polémica, y la presencia del público, una masa caótica que debe ser educada no solo en los principios de la ciencia verdadera sino también en las maneras de la vida civil y política. El ámbito en el cual se despliega esta comunicación entre el científico y la sociedad es el espectáculo público masivo. Por el contrario, en OP, la ciudadanía no se encuentra del lado de la barbarie, sino que es el agente directo de la modernización política de Monalía.

escritos, sino prácticamente generar un marco institucional para el debate y la discusión, la figura de Olimpio parece remitir alegóricamente a un personaje prototípico de la cultura argentina decimonónica temprana: el intelectual romántico⁷ de la generación del 37, integrada por nombres centrales como los de Alberdi, Echeverría, Mármol o Sarmiento, la célebre hornada de ideólogos liberales que, constituyéndose en frente de oposición al régimen rosista, abogaron por la modernización del estado argentino y la fundación de un patrimonio nacional. La prensa escrita fue también, para este grupo, un instrumento indispensable en la difusión de los valores patrióticos de la revolución de Mayo de 1810 (Bragoni 578). El que muchos de sus integrantes, como Sarmiento y Echeverría, hicieran parte de sus carreras políticas desde el exilio, es una característica que encuentra eco en la biografía de Olimpio, que en un momento dado debe abandonar Monalia y trasladarse, irónicamente, a Argentina, para lanzar desde allí su campaña. El carácter germinal y fundador, el rasgo opositor y disidente, el uso de la prensa escrita y la condición del exiliado son las coordenadas centrales que sustentan el vínculo alegórico entre Olimpio y el intelectual romántico⁸. La inserción de este personaje correspondiente a la primera mitad del siglo XIX en el tiempo histórico de la primera década del siglo XX, responde tanto al atraso político de Monalia, cuyo desarrollo político es tardío con respecto a Argentina, como a la voluntad distópica de desplazar el debate en el tiempo y en el espacio.

Este papel insigne no determina, sin embargo, que Olimpio reciba un tratamiento solemne; por el contrario, posee un carácter de “genio loco”, identidad de clara raigambre romántica (Marún 48-49), que en muchos momentos asume un sesgo cómico-satírico, propio de la parodia⁹. Muchos ciudadanos y políticos de Monalia

⁷ Me parece que es legítimo situar, como referentes de una novela como OP, a otros textos pertenecientes a la imaginación romántica hispanoamericana. Hablando de los padres de esta tradición estético-política, está Echeverría, quien en *La cautiva* traza el itinerario de dos viajeros culturales: Brian y María, representantes de la élite criolla, cruzan la frontera de la civilización y se internan en la pampa, territorio bárbaro; su itinerario responde a una travesía arquetípica, la del viajero local latinoamericano que se moviliza hacia la salvaje periferia nacional para cartografiarla y territorializarla. Como veremos, este esquema de viaje también está inscrito en OP. Por otra parte, también en *María* de Jorge Isaacs aparece un viajero, Efraín, el joven terrateniente que debe viajar a Londres para estudiar medicina. Su itinerario dramatiza, esta vez, el trayecto inverso: el del viajero local que se desplaza hacia la metrópoli para adquirir un saber, referente que también será apropiado e intervenido en OP.

⁸ Es conocida la costumbre de Holmberg de aludir a figuras específicas de la política argentina a través de personajes que reformulan al hombre real, sin velar la identificación. Por ejemplo, en *Dos partidos en lucha*, figuras como Richard Owen y Bartolomé Mitre hallan en el texto a sus avatares de ficción, y también Moreno, Ameghino, Sarmiento, Alsina, Avellaneda y el propio autor (Gómez, *La piedra del escándalo*, 13). A pesar de ello, no me parece que exista una relación directa entre Olimpio y alguna figura histórica específica; creo más bien que el padre de la modernidad monalita representa, en términos generales y abstractos, el espíritu generacional romántico argentino, y en términos aún más amplios, el afán nacionalista y modernizador de la élite argentina decimonónica, y de sus representantes en otras naciones del continente.

⁹ En efecto, OP también podría estudiarse destacando sus elementos de sátira y parodia: la ironía, el sarcasmo y la hipérbole son tropos que brotan sin cesar en los escritos de Holmberg. Sin embargo, en la presente investigación evado conscientemente estos asuntos para concentrarme en otros, los que se vienen exponiendo en estas páginas.

perciben a Olimpio como a un desequilibrado a raíz de su inusitado proyecto, que parece absurdo e injustificado dado el bienestar del que goza la isla. En el plano de la representación, la locura, sea real o percibida, permite que se conjuguen la dimensión de la política y el ámbito de la fantasía: la creación asume, aquí, un sesgo psicopatológico, que motiva la respuesta burlona y aprehensiva de extranjeros y connacionales ante las ideas peregrinas de Olimpio. Reveladoramente, un telegrama de París informa que en Francia “Declaran está loco o fraguando una gran mistificación. Talento desviado. Hombre muy peligroso si consigue prestigio en Monalia” (Holmberg 96). También los franceses dictaminan la estirpe quijotesca y rabelaisiana de Olimpio, aludiendo así a una imaginación quimérica y desbordante (Holmberg 98) que transforma al personaje en una figura pintoresca y estetizada, enmarcada en una realidad exótica que se contempla con lejanía y sorna. Lo que equivale a afirmar que Olimpio es objeto de una “estetización”, un mecanismo representacional de la retórica imperial que, proyectado desde la metrópoli europea transnacional -Inglaterra, Alemania, Francia y España, entre otros países, se pronuncian sobre Monalia- hacia la periférica isla de Monalia, transfigura la arena política monalita en un espectáculo extraño y llamativo (Spurr 43-60). Esta visión exotista y estetizante no es exclusivamente extranjera, pues la comparten los conciudadanos monalitas afiliados al partido regulador. No obstante ello, la retórica imperial no prevalece ni determina la representación de Olimpio, el cual logra intervenir y modificar exitosamente la percepción interna y externa de sus acciones. De este modo, la ansiedad de los franceses -la otra cara de su sarcasmo- será justificada por los hechos, puesto que no sólo la opinión pública monalita, dividida inicialmente entre patriotas y reguladores, sino el mismo gobierno patriarcal que lo había desestimado en un primer momento, acabarán abrazando y legitimando la iniciativa de Olimpio, que será ensalzado al rango de héroe nacional.

La habilidad de Olimpio para influir en la opinión pública y manipularla a su favor obedece a su gran destreza retórica. Tanto en sus escritos periodísticos, como en sus discursos orales, Olimpio se revela capaz de despertar el fervor de las masas, aglutinar un apoyo masivo y, finalmente, articular un consenso nacional mayoritario. Olimpio se muestra consciente del poder de la retórica para dirigir la voluntad popular: De lunático creador de fantasías absurdas a ministro plenipotenciario de Monalia, el giro que determina la transformación radical de la valoración social del personaje es un efecto retórico basado en la diestra administración de la imagen pública. En otras palabras, Olimpio asume la imagen de loco que triunfa en los sectores conservadores del país, y progresivamente, a través de una serie de intervenciones orales y escritas que van revelando la cordura y la lucidez de su autor, va persuadiendo a quienes habían sido su detractores de la conveniencia de su nueva doctrina nacional. Significativamente, la conveniencia de estas doctrinas viene a ser comprendida y aceptada cuando se compara el proyecto nacional de Olimpio con los proyectos nacionales de los demás países latinoamericanos. Al realizar esta comparación, los monalitas aprenden que los mismos postulados que ellos, aislados en su encierro nacional, habían tachado de absurdos, representan la norma de la modernidad que reina en América del Sur: “Los discursos y escritos de Olimpio Pitango son un contrasentido en Monalia; pero en las otras naciones Sud americanas no” (Holmberg 106), reflexiona Claudio Moloso, la

cabeza visible del gobierno conservador que será uno de los llamados a reivindicar públicamente al héroe nacional incomprendido.

Fundador de la nación moderna, figura alegórica del intelectual romántico argentino, genio loco que se redime mediante la retórica, arrollador orador público y visionario escritor de artículos periodísticos, la figura de Olimpio recorre una galería de arquetipos entre los que no se puede dejar de mencionar el del viajero. Ciertamente, un momento capital en el proceso retórico que culminará con la consagración del héroe ocurre mientras Olimpio se halla fuera de Monalía, después de haber sido nombrado “Ministro Plenipotenciario de la Nación Monálica” (Holmberg 106), cargo diplomático que constituye una velada condena de exilio para un actor político que empezaba a serle incómodo al régimen. El periplo de Olimpio convoca el estereotipo del viajero decimonónico, definido por lo general como un científico metropolitano que, en sus recorridos y descripciones de la geografía colonial, fue una pieza imprescindible en la construcción del imaginario europeo de la otredad (Gómez 2008), y artífice de lo que Mary Louise Pratt ha denominado una “conciencia planetaria” (Pratt 1992). El viajero imperial es el protagonista de lo que Bruno Latour ha llamado un “ciclo de acumulación” del conocimiento, una estructura de circulación de la información en la cual la periferia actúa como depósito de objetos y especímenes naturales que son trasladados físicamente al “centro de cálculo”, el hogar del viajero -puede tratarse de una gran capital europea, como París, en el caso del viajero Humboldt- donde las piezas recoletadas son analizadas y procesadas para producir un saber científico autorizado (Latour 1987). El naturalista, el arqueólogo, el geólogo y el cartógrafo son avatares del viajero europeo que la emergente conciencia criolla de las élites latinoamericanas postcoloniales asimiló y reformuló para producir un nuevo tipo de viajero local¹⁰, el criollo dedicado a recorrer los espacios nacionales periféricos para incorporarlos al progreso modernizador (destaca, por ejemplo, el caso de Florentino Ameghino en Argentina), o bien a peregrinar hacia la metrópoli para absorber un conocimiento que después importará de vuelta a su lugar de origen (en Argentina, el ejemplo paradigmático sería el de Echevarría, pero no hay que olvidar los viajes de Sarmiento).

Los primeros viajeros que aparecen en las páginas de *OP* son extranjeros y europeos: un historiador famoso, un especialista en la India, un crítico musical y un eminente escritor (Holmberg 78-82), cuatro representantes de la cultura europea que llegan a dar sendas conferencias y cuyo saber es apabullantemente superado y ridiculizado por la hiperbólica cultura de los monalías. De este modo, se revierten las relaciones culturales entre la minúscula nación sudamericana y las cultas naciones europeas, deslegitimando la autoridad de los visitantes extranjeros para afirmar y celebrar el conocimiento local. Esta es una primera operación subversiva que, encabalgándose con la manipulación que realiza Olimpio de los códigos de estetización

¹⁰ “For the local travellers who followed and subverted the steps of early European visitors, this heroism became associated with the rise of a Creole consciousness. As the colonial era yielded to the republican, such travellers promoted an independent discourse that challenged enlightened yet pejorative images of the New World... The science of local travellers was the vehicle to global modernity for Latin American nations... The Creole identity incorporated those travellers into its national pantheon as archetypal figures of the transition from barbarism to civilization” (Gómez 2008: 248).

de la retórica imperial, se presenta como índice de un generalizado trastocamiento de los parámetros de poder que rigen el orden global de la modernidad/colonialidad, lo cual indica una operación ideológica que podría considerarse como un caso de pensamiento descolonizador (Mignolo 2008)¹¹.

El siguiente viajero, el más significativo y transgresor de la novela, es el mismo Olimpio. A pesar de que no es propiamente un viajero científico, sino un enviado político, un embajador, la experiencia de viaje guarda en él un vínculo estrecho con el trazado de un proyecto nacional. Las numerosas intersecciones entre el proyecto nacional de la generación romántica del 37 y la literatura de viajes previa es una clave indiscutible de la historia literaria argentina: “Todos ellos [los viajeros como Humboldt, Darwin, Félix de Azara, los Robertson, Andrews, Head] dejaron una huella perdurable en las representaciones de los románticos, convirtiéndose en grillas o retículas de lectura sobre la realidad argentina y su agenda de temas pendientes (Bragoni 576). Si en el siglo XIX el viajero local se transforma en adalid de la escritura del relato de la épica nacional moderna (Gómez 2008: 259), resulta evidente que Olimpio encaja paradigmáticamente en ese rol fundacional. Sin embargo, su particular encarnación del arquetipo del viajero latinoamericano implica una subversión radical de las relaciones asimétricas entre centro y periferia, puesto que su viaje a Argentina no debe ser leído como un viaje hacia los confines de la barbarie, sino más bien como un peregrinaje pedagógico a un nuevo y cercano centro civilizado que suplanta a la metrópoli europea, constituyéndose en iluminador modelo de desarrollo para Monalia. Su destino es Buenos Aires, “percibida como la [ciudad] más importante del hemisferio austral y del orbe hispanoparlante, como segunda capital latina” (Biagini 30), el gran foco urbano al que se debe seguir y emular si se quiere ingresar plenamente en la modernidad¹². El intercambio epistolar entre Olimpio y su delegado en Monalia, Toribio Albarda (Holmberg 146-156) es el marco discursivo en el que se esboza la Argentina moderna, “Esa gran nación, a la que nos ligan tantas afinidades de costumbres, de carácter, de

¹¹ Walter Mignolo (2008) sostiene que la modernidad es una narrativa hegemónica y regional que activa una visión eurocéntrica del mundo. Esta narrativa obedece a la geopolítica y a las políticas del cuerpo propias de un conocimiento hegemónico producido por “hombres blancos europeos”. La alternativa a la modernidad es asumir una forma de pensamiento des-colonizador. Este incluye tanto un programa epistemológico, una relectura de la historia de la periferia, así como una agenda política de intervención activa en la esfera pública. Este proyecto tiene también dos caras, porque implica no solo desnudar los mecanismos de poder de la modernidad, sino también abrir espacios para la manifestación y el crecimiento de la producción cultural de los sujetos subalternos.

¹² Esta representación de la capital argentina no sorprende, puesto que ya encontramos imágenes parecidas en la obra de Holmberg. Por ejemplo, en Dos partidos en lucha, Buenos Aires aparece como un centro científico de talla mundial, en el cual los debates sobre el darwinismo y el evolucionismo encuentran su teatro natural: en esta novela, el mismo Darwin viaja a Buenos Aires para demostrar su teoría, legitimando, con su presencia productora de conocimiento, la categoría de Buenos Aires como “centro de cálculo” por derecho propio (Latour 1987). Esta imagen positiva de Argentina coincide, también, con la visión que se tenía de ella desde el extranjero: “Es un optimismo respaldado por la misma imagen externa, que nos percibía como si fuésemos los Estados Unidos del Sur o, inclusive, el máximo paraíso terreno (Biagini 13).

sangre y de familia, de todo, menos de política, [la cual] ha cometido lo que nos hemos empeñado en designar como todas las locuras de los ensayos de la democracia” (Holmberg 133)¹³. El viaje de Olimpio, su estancia breve en la ciudad porteña y el registro escrito de sus observaciones político-económicas dan cuenta de un “viaje en sentido inverso” (Gómez 2005: 7), un “ciclo de acumulación” invertido en términos de Latour. El viajero local no dialoga pedagógicamente con el modelo europeo, sino que selecciona, como epítome de la modernidad, a otra nación sudamericana, centro irradiador de ejemplaridad en un modelo de circulación del conocimiento en el cual el referente europeo queda trivializado y expulsado¹⁴, inclusive superado. Esta visión encuentra eco en las percepciones idealizadas sobre Argentina que circulaban en la época; como plantea Hugo Biagini: “La superioridad de América y de nuestro hemisferio en particular no sólo se coloca por encima de la Antigüedad clásica sino que aspira incluso a remontarse más allá del modelo en boga: la Europa liberal (Biagini 12).

En la construcción del personaje de Olimpio Pitango, tanto en su condición de viajero local como en su función de ideólogo político, es posible rastrear el predominio de la dimensión autorial y del impulso creador como dos aristas que consolidan una voluntad general de renovación y producción de modelos nuevos de la épica nacional. En realidad, la biografía política de Olimpio, con su preliminar descrédito, seguido por un viaje redentor y un final consagratorio, dramatiza en el curso de sus límites una tesis anti-genealógica sobre el origen y desarrollo del nacionalismo. Ello puede ser refrendado si trasladamos el foco de análisis a los lineamientos mismos de su proyecto nacional. En el siguiente párrafo de su primer artículo político (Holmberg 83-84) puede encontrarse la síntesis del proyecto en cuestión:

Los monalitas no conocemos los peligros de las diferentes formas de gobierno, y mientras no las hayamos ensayado todas estaremos inhabilitados para vituperar a los que nos consideran unos simplones, unos ignorantes, unos primitivos. Nuestro régimen de vida política encuadra de un modo admirable en los tiempos prehistóricos o casi, y si hemos de tomar parte en lo que universalmente se designa como el concierto de las naciones, necesario es ponernos a la par de todas ellas, abandonando las prácticas añejas de un bienestar apolillado (Holmberg 83).

En la formulación de su ideología nacional, Olimpio afirma explícitamente que la existencia de la nación, lejos de presentarse como una realidad “natural” y autogenerada, es el producto de un acto de la voluntad, una creación deliberada, así como lo es la biografía del héroe nacional. La modernidad política de una nación, su capacidad para ingresar en pie de igualdad al concierto global de las naciones

¹³ La admiración por Argentina convive, hay que decirlo, con una cierta visión crítica: se destaca el progreso de la nación vecina, pero también se mencionan, anticipatoriamente, los males por venir en la crisis de 1930 (Marún 54).

¹⁴ Naturalmente, estas afirmaciones son pasibles de matización. En todo caso, estamos hablando de una trivialización relativa, ya que Buenos Aires y Argentina son modernos gracias a que han asimilado y puesto en práctica lecciones políticas y económicas de origen europeo y norteamericano. Finalmente, entonces, la metrópoli persiste en el horizonte, como una especie de “modelo de segundo grado”.

civilizadas, es proporcional a su abandono de “las prácticas añejas de un bienestar apolillado”, bienestar que se traduce en inacción política, para asumir frontalmente “los peligros de las diversas formas de gobierno”: es decir, para experimentar un desarrollo histórico de las formas políticas, orientada por una teleología del progreso que pretende actualizar lo anticuado, renovar lo caduco. La ideología del progreso como brújula de la nación es moneda corriente en el pensamiento evolucionista de Holmberg, quien había entendido el avance de las naciones como una “lucha por la vida” que respondía a una ley natural estipulada por la ciencia (“Carlos Roberto Darwin” 172), ideología progresista que definió el pensamiento hegemónico de la generación del 80 (Biagini 25). Debe recordarse que, en Monalía, la carencia de una nefasta herencia colonial como la que poseían las demás naciones hispanoamericanas significó el privilegio de evitar una problematización de la identidad nacional de la post-emancipación; no obstante, esa misma carencia del lastre histórico colonial contuvo su lado desventajoso, pues liberó a los monalistas de la necesidad de construir un discurso nacional fuerte para oponerse y diferenciarse de la herencia colonial. Consecuentemente, el único capital político de Monalía en tiempos pre-olímpicos es “...la paz de la edad de oro, el bienestar, la riqueza y la justicia” (Holmberg 83), todos estos valores indudablemente positivos, pero condenados a una irredimible insuficiencia en tanto que no sean complementados por otros elementos que están ausentes: próceres, himnos, ruinas, cámaras, constitución, comités, partidos políticos; en otras palabras, los factores constitutivos de una vida política activa y de una memoria histórica nacional, las piezas que, siguiendo a Rama, conforman los sueños de la ciudad letrada latinoamericana en su etapa moderna. Ante estas ausencias y carencias, el proyecto de Olimpio revela su cara más radical cuando postula la necesidad de suplir lo faltante mediante una creación ficcional voluntaria y consciente: “Si carecemos de próceres, los inventaremos; como han hecho otros y como los pueblos son más sugestionables que los individuos, los pueblos acabarán por convencerse de que tienen próceres” (Holmberg 83).

En su segundo artículo, Olimpio lleva a cabo una de sus primeras operaciones de ficcionalización de un patrimonio político nacional: la creación de una figura histórica, un eximio orador del pasado llamado el Gran Botijo (Holmberg 88-89). Este personaje inventado, de cómico nombre, que “...electrizaba a las masas populares con las joyas irisadas de su elocuencia incomparable” (Holmberg 88), es el fruto directo de la imaginación de Olimpio, quien lo forja a su propia imagen y semejanza: como orador, dueño y conocedor de las estrategias de la retórica. Otro de los próceres inventados por Olimpio es Cachimbo Pérez, el cual, como el Gran Botijo, también parece haber sido -en los sueños de la ciudad letrada monalita en su tarea de historizar lo inexistente-, un magnífico orador. El fundamento de la existencia del Gran Botijo y de Cachimbo Pérez no es el documento histórico, sino la creatividad como fuerza central en la conformación de un legado cultural: “... la leyenda, la tradición, que valen tanto o más que los documentos, nos presentarán siempre a la imaginación su grande, viril figura [se refiere al Gran Botijo], ora comunicando a los enemigos presuntos de la libertad, ora apostrofando a los conculcadores del sufragio por establecer” (Holmberg 88-89).

En una segunda intervención ficcional, el diario “El Patriota” comunica a sus lectores que un distinguido paleógrafo monalita llamado Ñango-Pichango¹⁵, presumiblemente un avatar del mismo Olimpio, ha exhumado, en un documento perdido del archivo nacional, un legajo que contiene cierta información imprecisa sobre la existencia de “una ruina al parecer de grande interés arqueológico” (Holmberg 94). El hallazgo de esta ruina reviste un gran interés, puesto que, dentro de la galería de arquetipos del viajero, el arqueólogo ocupa un lugar de excepción. En efecto, existe una tradición de viajeros-arqueólogos europeos que, durante el siglo XVIII, recorrieron América del Sur recolectando piezas para trasladarlas a los museos del “centro de cálculo” (Gómez 2008: 255-256). En el siglo XIX, los viajeros paradigmáticos fueron John Lloyd Stephens y Frederick Catherwood, dos norteamericanos que, gracias a la publicación de su famoso *Incidents of Travel to Yucatán* (1843), inscribieron las ruinas mayas en la imaginación metropolitana. Por su parte, el viajero-arqueólogo criollo, reformulador y nacionalista, procuró contribuir a la elaboración de un discurso científico nacional mediante la producción de una memoria histórica que incorporara las ruinas y monumentos del pasado indígena, así como también los fósiles prehistóricos (Gómez 2008: 257). Naturalmente, la producción de una memoria histórica implica una reescritura del pasado, una apropiación y una resemantización que inscribe los restos de otros tiempos en un *continuum* evolucionista cuyo *telos* viene a ser el presente de la nación moderna¹⁶. Debe ser dicho, no obstante, que estas operaciones con el pasado son propias de un momento posterior a la intervención de la generación romántica, que no reservó un papel decoroso para la historia: la reciente memoria de Rosas, así como el fantasma de la herencia colonial, contribuyeron a generar una valoración negativa del pasado en la que éste “...sólo podía ser objeto de condenas, a lo sumo campo de conjeturas y certezas sobre los errores acumulados que marcaban un tiempo que debía clausurarse (Bragoni 582). La mirada romántica se proyecta, más bien, hacia la promesa del futuro y hacia la expectativa de una modernidad en ciernes.

El sabio paleógrafo Ñango Pichango descubre las ruinas monalitas gracias a un legajo antiguo que, aparentemente, describe la localización del sitio arqueológico. Pichango logra acceder a estos datos mediante un esfuerzo de interpretación y reconstrucción del manuscrito, que se encontraba en una condición ilegible. La tarea del paleógrafo consiste en “llenar de significado” un párrafo incompleto, para alcanzar la información deseada. Una vez terminado el trabajo paleográfico, se echa a andar la maquinaria institucional de la cultura, a través del envío de una comisión investigadora del Museo de Molenia. La alusión al museo es significativa, debido a que, como ámbito que organiza espacialmente la historia nacional, el museo decimonónico está concebido a la manera de una narrativa dinámica en la que el principio de distribución

¹⁵ El mismo Holmberg añade una nota al pie de página (Holmberg 94) para explicar que el significado de la voz “ñanga-pichanga” es “mentirijillas”, subrayando así el carácter ficcional de la empresa de Olimpio, pero también su ángulo cómico.

¹⁶ Leila Gómez señala que el darwinismo y el positivismo constituyeron los modelos científicos cuya lógica de progreso lineal funcionó, en el fin de siglo argentino, como referente de la modernización de la sociedad y de las instituciones (*La piedra del escándalo* 13).

de los objetos clasificados se somete a una lógica evolucionista. Sin embargo, el proceso se ve interrumpido por la intervención de “El regulador”, el diario del partido que se opone a Olimpio, y que entabla con los seguidores de este una guerra política que, en este episodio en particular, asume una modalidad hermenéutica. En un artículo plagado de ironías y diatribas, los reguladores rechazan la interpretación paleográfica de Ñango Pichango y proponen una versión diferente del mensaje inscrito en el párrafo incompleto, para concluir que este no aporta información alguna sobre las ruinas. Días después, se publica otro artículo que reproduce una tercera interpretación del párrafo incompleto que reconstruye un significado completamente divergente, y esta vez en latín. Por cierto, este conflicto de interpretaciones paleográficas funciona como una sátira del paleógrafo y, por extensión, del científico decimonónico: de ahí los ribetes cómicos del episodio. Sin embargo, para nuestros fines quizá sea más interesante destacar otro componente del mismo: su carácter de reflexión meta-histórica sobre los procesos de construcción de la memoria nacional, que aparecen librados a la expectativa tendenciosa del lector y a la manipulación ficcional de los materiales documentales. De esta manera, la producción del patrimonio nacional y la reescritura del pasado aparecen representados como actos de creación, que se hallan predeterminados y subordinados a la agenda política del proyecto nacional.

Tal vez incluso más significativa que esta reflexión meta-histórica lo sea el grado de autoconciencia de Olimpio y sus seguidores respecto de la naturaleza ficcional de sus reclamos y acciones. La falsedad de las pesquisas paleográficas de Ñango Pichango, la inexistencia objetiva de las ruinas y el carácter inventado de próceres como el Gran Botijo y Cachimbo Pérez, son todos hechos que Olimpio reconoce y admite para sí; sin embargo, este reconocimiento no constituye un obstáculo que deslegitime su validez como factores constituyentes del pasado nacional. Encontrándose en Buenos Aires, en su intercambio epistolar con Toribio Albarda, Olimpio manifiesta esta autoconciencia con explícita nitidez:

Y dime Toribio, aquí para nosotros, al oído, ¿te parece que la creación de próceres y otras categorías ilustres, por más ficticias que ellas sean, desmerecerían como entidades aceptables y deseadas frente a frente de los deleites celestiales ofrecidos por Cristo y por Mahoma a sus prosélitos? (Holmberg 136).

La creación ficcional aparece, en este párrafo clave, como una operación legítima cuyos frutos, aquellos “próceres” y “categorías ilustres” a los que se refiere Olimpio, no sólo “aceptables” sino también “deseables”, puesto que sin ellos resultaría imposible fundamentar la existencia de un capital simbólico nacional. En efecto, Ernest Renan postulaba hacia el final del siglo XIX, en su influyente “What is a nation?” (1882), que “A heroic past, great men, glory (by which I understand genuine glory), this is the social capital upon which one bases a national idea” (Renan 19). Olimpio estaría de acuerdo con estas ideas, pero lo que resulta interesante es que su propuesta trae implícita la siguiente pregunta: ¿y qué hacer si esa gloria, esos grandes hombres, y ese pasado heroico son efectos de la ficción? Ciertamente, la valoración suprema que merece la ficción, como el instrumento central en la construcción de la nación, ofrece una indicación bastante clara sobre la naturaleza de los presupuestos nacionalistas que

subyacen a la visión política de Olimpio. Si la nación requiere de la ficción para existir, ello se debe a que la nación carece de un “fundamento objetivo” que la sostenga en y por sí misma. En el caso de las naciones post-coloniales hispanoamericanas, que conforman el referente del proyecto monalita, tal es, claramente, el caso entre manos: la ausencia de una “identidad colectiva culturalmente sustantiva” (Palti 2001: 329), la falta de bases culturales sólidas como la lengua o la etnicidad, impone la tarea de generar y elaborar esas bases desde el presente y como un acto de voluntad colectiva, mediante estrategias como la producción de un relato histórico evolucionista, que establezca una continuidad identitaria entre el pasado prehispánico y la actualidad moderna. El gesto radical de Olimpio reside, precisamente, en aceptar que la nación hispanoamericana moderna es el producto de una ficción consciente y dirigida, autorreflexiva respecto de su propia precariedad. La labor seminal de Olimpio genera un florecimiento político comunitario, en el cual el ciudadano empieza a concebirse en relación intersubjetiva y autorial con la colectividad. En la Monalía post-olímpica, la vida política se escenifica bajo la forma del voto popular, la redacción de constituciones, la formación de partidos, la existencia de periodismo político, la proliferación de la oratoria pública y la escritura de documentos históricos, todos rituales cívicos que tienen como denominador común su carácter de circulación textual. Finalmente, la existencia de la nación se apoya en la génesis continua de textos que contribuyen a la configuración de una comunidad imaginada cuyo autor no es solo Olimpio Pitango, sino que despierta la voz colectiva de la ciudadanía.

El conflicto que la teoría nacional de Olimpio está poniendo en escena es el conflicto entre la naturaleza y el artificio. En su recorrido por las diversas fases de la historia del nacionalismo, Elías José Palti consigna la existencia de dos grandes modos de entender la nación: bien como una entidad objetiva y trascendente, dueña de una identidad natural, o bien como una construcción, un artefacto producido y generado (Palti 2001). La primera fase, a la que denomina “genealógica”, posee su matriz en el pensamiento romántico europeo, específicamente en el romanticismo alemán¹⁷: en los siglos XVII y XVIII, la nación fue experimentada y pensada como un “organismo”. La teoría organicista en cuestión aquí entraña una concepción “preformacionista-evolucionista” del organismo, en el sentido de que este se creía imbuido de un principio vital denominado “*nisus formativus*”, una especie de embrión que predeterminaba su carácter y codificaba la lógica de su desarrollo y evolución futuros. La concepción genealógica de la nación empezó a ser puesta en entredicho en la segunda parte del siglo XIX, de la mano de pensadores como el ya aludido Renan, y el inglés Lord Acton, que subrayaron la ausencia de bases naturales de la identidad nacional y enfatizaron su condición de “constructo histórico” en las líneas de una visión “subjetivo-voluntarista”, en la cual cobra gran importancia la manifestación de un deseo colectivo:

¹⁷ “In formulating an “organicist” view of society for the first time, Johann Gottfried Herder is, according to most authors, the ke figure. He allegedly opened a genealogical fault that divided the history of modern political and intellectual history into two contending sides [se refiere a la concepción genealógica y a la concepción anti-genealógica de la nación]” (Palti 2001: 326).

la voluntad de existir como nación¹⁸, expresada en el presente como afirmación de solidaridad colectiva y como mediación subjetiva en la relectura de la tradición común (Palti 2001: 332). A partir de la Primera Guerra Mundial, el cuestionamiento emprendido por Renan se profundizó: en el contexto de los nacionalismos emergentes del siglo XX, historiadores como Carlton Hayes y Hans Kohn rechazaron la concepción orgánica de la nación y postularon que la nación es una categoría inventada, totalmente moderna, para la cual toda valoración fundacional del pasado es una operación mítica y subjetiva. Así se define, en breve, el concepto anti-genealógico de la nación, que como vemos coincide plenamente con el proyecto nacional que Olimpio Pitango pone en marcha en la isla imaginaria de Monalia. Consecuentemente, el conflicto entre los patriotas y los reguladores que comenté al principio de esta investigación, referido a la naturaleza del patriotismo, puede ser entendido en términos de la colisión entre una concepción genealógica y una concepción anti-genealógica de la nación. De forma complementaria, la construcción del personaje de Olimpio, en tanto fundador de la nación monalita moderna y en tanto viajero que descentra los mecanismos representacionales de la retórica imperial, remarca en todo momento la importancia de la condición autorial de una figura particularmente calificada para dramatizar la relevancia que revisten la ficción, la creación y la imaginación en las dinámicas de construcción de la identidad nacional.

Como vimos al inicio de estas páginas, la reflexión sobre el proyecto nacional hispanoamericano responde, también, a la necesidad de confrontar un momento histórico crucial: el imperialismo bélico global que constituyó el telón de fondo de la escritura de OP, que fue culminada un año después del inicio de la Primera Guerra Mundial. Esta inocultable preocupación se manifiesta explícitamente en la ficción; en su discurso de agradecimiento, una vez que Claudio Moloso lo ha reconocido como héroe de la patria, Olimpio deja constancia de que “Existe un peligro enorme para la libertad de las naciones sudamericanas” (Holmberg 166). Este peligro debe ser conjurado mediante la conformación de un frente sudamericano común, fundado en la alianza de todos los países del continente (incluyendo, ahora sí, a la moderna Monalia, que gracias a Olimpio está lista para sumarse al concierto internacional de las naciones). En una nota manuscrita de Holmberg¹⁹, que acompaña al manuscrito de su novela, el autor da a conocer su repudio por la guerra y su condena a la violencia, declaración que no debe conducirnos a pensar que estamos ante un pacifista puro: se trata del mismo hombre que, en su ensayo “Carlos Roberto Darwin”, había justificado la campaña del desierto y el exterminio de los indios a manos de los hombres civilizados “armados de remington” (172), en estricta obediencia a la ley natural del progreso. En

¹⁸ Esta es la famosa tesis del “plebiscito diario” de Renan: “A nation is a soul, a spiritual principle. Two things, which in true are but one, constitute this soul or spiritual principle. One lies in the past, one lies in the present. One is the possession in common of a rich legacy of memories; the other is present-day consent, the desire to live together, the will to perpetuate the value of the heritage that one has received in undivided form [...] A nation's existence is, if you will pardon the metaphor, a daily plebiscite, just as an individual's existence is a perpetual affirmation of life” (Renan 19).

¹⁹ La nota está incluida en la edición príncipes a cargo de Gioconda Marún.

cualquier caso, Holmberg proclama en su nota explicativa que la Primera Guerra Mundial no influyó, en ninguna medida, la redacción de su novela (Holmberg 236-238). A pesar de esta declaración de intenciones, la novela presenta suficiente evidencia textual como para afirmar la incidencia del momento histórico en su escritura. Lo que transparentemente alienta en el texto es un credo anti-imperialista, que combate toda intervención extranjera en los predios de la nación, tanto en términos bélicos, políticos y económicos, como simbólicos y representacionales.

El nacionalismo anti-genealógico es una forma de pensamiento historicista en la medida en que conlleva una visión desacralizadora de la tradición como entidad mítica. Además, es compatible con una visión política y racionalista del nacionalismo, que lejos de sustentarse en esencias culturales particularistas, promueve un ideal cosmopolita cuya meta es la superación y la integración de las diferencias culturales (Hutchinson 122). Amparado por este filón cosmopolita del nacionalismo político, me parece adecuado traer a colación, aunque sólo sea a modo de conclusión, la experiencia histórica de otras formas de colonialismo ajenas a la experiencia hispanoamericana, con la que tal vez esta guarde algunas semejanzas. En su ensayo "The Monolingualism of the Other, or, The Prosthesis of Origin", Jacques Derrida incursiona en el género autobiográfico para reflexionar sobre las relaciones entre la lengua, la nación, la ciudadanía y el imperio en el marco del dominio colonial de Francia sobre Argelia, su país de nacimiento. Derrida sostiene que la experiencia de la fragilidad de la ciudadanía francesa, que le fue concedida al nacer, retirada al cumplir los diez años y devuelta a los trece, lo llevó a descubrir la contingencia de la lengua materna y de la identidad cultural como construcciones precarias, no sólo para el sujeto colonizado sino también para el colonizador. En esta línea, Derrida conceptualiza su reflexión como una "anamnesis de la ausencia", como una investigación dirigida a subrayar la falta de solidez y objetividad de la herencia cultural: en otros términos, a desmitificar la metafísica del origen. El proyecto nacional esbozado y realizado por Olimpio Pitango en *Monalia* parece partir de un reconocimiento implícito de esta ausencia de origen, con el objetivo de fundar la nación sobre pilares "anti-metafísicos" que incorporan y asimilan su fragilidad²⁰. Quizá, si seguimos esta senda, podríamos postular que los nacionalismos hispanoamericanos, dada la exacerbada precariedad constitutiva que distingue en ellos la representación que nos ofrece esta novela de Eduardo L. Holmberg, constituyen un referente iluminador para pensar desde ellos sobre

²⁰ En este punto, es apropiado referirse a una visión distinta de los proyectos nacionales latinoamericanos, la que ofrece Doris Sommer en su lectura erótico-política de la novelística latinoamericana del siglo XIX. Doris Sommer plantea que la escritura de novelas estuvo ligada al proyecto nacionalista de las élites liberales. Los "romances fundacionales" entrañan una intensa articulación alegórica entre el deseo y la política: la pareja heterosexual unida por el lazo matrimonial se convierte en el núcleo alegórico al que convergen personajes heterogéneos y representativos de diferentes regiones, sectores económicos, estratos sociales y orígenes étnicos (Sommer 1991). Si la alegoría nacional en Sommer es constructiva, la alegoría nacional en OP también lo es, pero su base no se encuentra en la unión erótico-política, sino más bien en el reconocimiento de la voluntad política colectiva de la comunidad y en el papel central de la ficción.

fundamentos y mecanismos más amplios y generalizables: para elaborar, tal vez, una especie de gramática de la postcolonialidad.

Obras citadas

- Bennett, Tony. *The Birth of the Museum. History, Theory, Politics*. London, New York: Routledge, 1995.
- Biagini, Hugo E. *La generación del ochenta. Cultura y política*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1995.
- Bragoni, Beatriz. "Lenguajes, Formatos Literarios y Relatos Historiográficos. La creación de culturas nacionales en los márgenes australes del antiguo imperio español". *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*. Tomo I. Francisco Colom González ed. Madrid, Frankfurt am Maim: Iberoamericana, Vervuert 2005.
- Crash Solomonoff, Pablo. "Eduardo Holmberg: Eslabón Perdido en Marte". *Viaje maravilloso del señor Nic-Nac al planeta Marte*. Buenos Aires: Colección "Los raros", Biblioteca Nacional, 2006.
- Dabove, Juan Pablo. *Nightmares of the Lettered City: Banditry and Literature in Latin America, 1816-1929*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2007.
- Darío, Rubén. España contemporánea. Barcelona: Editorial Lumen, 1987.
- Davies, Laurence. "At Play in the Fields of Our Ford: Utopian Dystopianism in Atwood, Huxley and Zamyatin". *Transformations of Utopia. Changing Views of the Perfect Society*. George Slusser, Paul Alkon, Roger Gaillard y Daniele Chatelain eds. New York: AMS Press, 1999. 205-214.
- Derrida, Jacques. *The Monolingualism of the Other, or, The Prosthesis of Origin*. Patrick Mensah trad. Stanford: Stanford University Press, 1998.
- Frederick, Bonnie. "A State of Conviction, A State of Feeling: Scientific and Literary Discourses in the Works of Three Argentine Writers, 1879-1908". *Latin American Literary Review*. Volume XIX. July- December 1991. Number 38.

- Gasparini, Sandra. "Introducción". *Dos partidos en lucha*. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 2005.
- Gómez, Leila. "Presentación". *The Colorado Review of Hispanic Studies*. Special Issue: Travel Narratives: From Columbus to the New Age. Volume 3, Fall 2005. 1-13.
- ed. *La piedra del escándalo. Darwin en Argentina (1845-1909)*. Buenos Aires: Ediciones Simurg, 2008.
- "The Philosopher-Traveler: The Secularization of Knowledge in Spanish America and Brazil". *A Companion to Latin American Literatures and Cultures*. Sara Castro-Klarén ed. Malden, Oxford: Blackwell Publishing, 2008. 247-261.
- Holmberg, Eduardo L. *Olimpio Pitango de Monalía*. Edición Príncipe. Gioconda Marún ed. Buenos Aires: Ediciones Solar, 1994.
- *Dos partidos en lucha. Fantasía científica*. Sandra Gasparini ed. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 2005.
- "Carlos Roberto Darwin". *La piedra del escándalo. Darwin en Argentina (1845-1909)*. Buenos Aires: Ediciones Simurg, 2008. 159-174.
- Hutchinson, John. "Cultural Nationalism and Moral Regeneration". *Nationalism*. John Hutchinson y Anthony D. Smith eds. Oxford, New York: Oxford University Press, 1994. 122-130.
- Latour, Bruno. *Science in Action. How to Follow Scientists and Engineers through Society*. Cambridge: Harvard University Press, 1987.
- Mignolo, Walter. "The Historical Foundation of Modernity/Coloniality and the Emergence of Decolonial Thinking". *A Companion to Latin American Literatures and Cultures*. Sara Castro-Klarén ed. Malden, Oxford: Blackwell Publishing, 2008. 12-33.
- Palti, Elías José. "Los Relatos de la Nacionalidad en América Latina: Acerca de la Construcción política de la Nación". *La nación como problema. Los historiadores y la cuestión nacional*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003. 131-146.
- "The Nation as a Problem: Historians and the National Question". *History and Theory*. Vol. 40, No. 3 (Oct., 2001). 324-346.

- Plattel, Martin. *Utopian and Critical Thinking*. Pittsburgh: Duquesne University Press, 1972.
- Pratt, Mary Louise. *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. London: Routledge, 1992.
- Poblete, Juan. "Reading National Subjects". *A Companion to Latin American Literatures and Cultures*. Sara Castro-Klarén ed. Malden, Oxford: Blackwell Publishing, 2008. 309-333.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984.
- Renan, Ernest. "What is a Nation?" Martin Thom trad. y ed. *Nation and Narration*. Homi Bhabha ed. London, New York: Routledge, 1990. 8-22.
- Richter, Peyton E. "Utopia/Dystopia?: Threats of Hell or Hopes of Paradise". *Utopia/Dystopia?* Peyton E. Richter ed. Cambridge: Schenkman Publishing Company, 1975. 1-28.
- Rodríguez Persico, Adriana. "Las Reliquias del Banquete" Darwinista: E. Holmberg, escritor y científico". *MLN*, Vol. 116, No. 2, Hispanic Issue (Marzo 2001). 371-391.
- Sabato, Hilda. "Nuevos Espacios de Formación y Actuación Intelectual: Prensa, Asociaciones, Esfera Pública (1850-1900)". *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Jorge Myers ed. Carlos Altamirano Dir. Buenos Aires: Katz editores, 2008. 387-411.
- Sommer, Doris. *Foundational Fictions: the National Romances of Latin America*. Berkeley: University of California Press, 1991.
- Spurr, David. *The Rhetoric of Empire: Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing and Imperial Administration*. Durham: Duke University Press, 1993.